

MENSAJE DE DULCINEA A LAS DEMAS MUJERES DEL MUNDO ⁽¹⁾

por la copia, VICTOR ESPINOS,

DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

MAS de uno—sobre todo más de una—y más de dos habrán de preguntarse: ¿Cómo esta salapuercos, que no sabe de letra, según testimonios firmes, se atreve a tal hazaña de aderezar esto a modo de atrio de páginas de molde, cuando nunca pasó, si mucho, de barrer y aljofifar el campestre zaguán del caserío, muy pequeño, de los Corchuelos, en la calle Empedrada de El Toboso, donde naciera? ¿No sabe que sabemos todos de qué manera le arguyó Sancho a su señor cómo yo no pude leer su amorosa misiva por no estar en mi mano hacerlo estorbándome lo negro?

Y es cierto que se lo dijo; pero lo inventó para salvar el charco en que su embuste le hacía caer, supuesto que no allegó nunca a buscarme, y mucho menos me habló, ni muchísimo menos entregóme carta o escrito alguno, que yo pudiese romper por tanto, ni de amor ni de finiquito, que viniese de mi enamorado Don Quijote, que tan bien me quiso, ni tampoco el atisbarme jamás, como no

(1) *El Quijote, breviario de amor.* Víctor Espinós.—1948.—Ed. Sec. Femenina.

fuera con el rabillo del ojo, como se dice, y de lejos. Pónganse en su punto las cosas. Sé leer de corrido. Algo menos de escribir, porque cuando ya iba yo soltándome en ese arte, y a todos necesaria habilidad y enseñanza, tiraron de mí la era, el molino, el hato, el hortal, y dejé la escuela, con pena de la maestra, hermana del señor Vicario, que tenía en grande estimación.

Es el caso que allí, en la «amiga» del Toboso, que estaba en la casa vicarial, vino a caer la novela, ya famosa, del Ingenioso Hidalgo, que yo eché al colete, evitando, al parecer, ciertos folios que el señor Vicario tenía cosidos por las márgenes..., pero que, la verdad sea dicha, ya había yo, un poco turbada, leído a hurtadillas (confesado sea en mi descargo) antes de que los entrecosiera su merced.

A ninguna mujer, no digamos manchega, sino de todo el ancho mundo, se le puede decir, mostrándole un libro: «Acá se habla de ti repetidamente, y se cuenta por menudo cómo un hidalgo, valeroso caballero andante, perdió el seso de tanto quererte bien, si no es que, loco de atar, nada le sujetara tan recia y fielmente como el lazo de tu memoria; aunque se haya de tomar a milagro el guardarla de cosa o de personas nunca vistas y tan sólo imaginadas.» Digo, pues, que no se le puede decir esto a ninguna nacida de madre sin que ella perezca de curiosidad y anhelo de echar los ojos sobre tales fantasías a que, sin comerlo ni beberlo, ha dado ocasión y motivo. Nada digamos si ello trujo, como rabillo, no menos que una nueva confirmación, si no de ungida mano de obispo, de intención de andante caballero, por donde yo, Aldonza Lorenzo, para mi, siempre ausente y leal, confirmador y enamorado, y para cuantos de mí tuvieron noticia en el libro—hasta donde se me alcanza—prodigioso del señor Miguel de Cervantes, viniese a nombrarme, que vale tanto como llegar a ser, la señora Dulcinea del Toboso...

Hasta para mis allegados y convecinos... ¡Cuántas veces he oído preguntar en mi zaguán, quiero decir en el zaguán del caserío de mis padres, a éste o aquél: «¿Podría emprestarme el cernedor o el celemín (o lo que era), señora Dulcinea...?», que ni a ellos les sonó a donaire ni a mí me causaba mortificación!

Leíme, por tanto, y aun dos veces, que pareció caso raro, el libro dichoso, y conforme avanzaba en la relación, en que se trenzan y retuercen tantas y tantas narraciones variadas, no sólo vi aseverada mi principalía, según se me había denunciado, sino que pude convencerme de que toda la composición viene a ser, de cabo a rabo, olorosa guirnalda florida, que en burlas disfrazadas de veras, y en veras aligeradas por la burla, se sahuma o, si se puede decir, se incensa, hasta allí donde parece que se las menoscaba, a todas las mujeres, sean de aquí o de allá, de este o del otro modo, encerradas en el marco de mi propia y sola condición y persona, como la reina es la primera dama del reino, que a todas las contiene y autoriza, en tal manera que continuándome yo moza—que con palma creo yo que al remate he de finir—, no me creo fuera de lo que en el libro se discurre para las casadas; y siendo lo que se dice mujer de mi casa, con vocación matrimonial, que a las más de nosotras nos entrecoge, se rinda amén, sin dificultad, a que se tenga el estado de castidad voluntaria como de notable perfección y elevación; y aún más cuanto se proclama de la irrompible coyunda sacramental, del familiar gobierno, de la crianza y guía y elección del estado de los hijos, a los que hasta en el juego con los muñecos aprendemos de niñas y aun doncellas en cabello, las mujeres, a proteger, cuidar y amar con ternura.

La hermosura, sus privilegios y prerrogativas, así como sus riesgos y otros escollos que la belleza opone a veces a nuestra perfección; la naturalidad de esa hermosura, que tantas—¡hasta en El Toboso se va viendo!—disfrazan, sin mejorarla, con postizos, pomadas, blandurillas y alcoholes, ¿no son motivos de meditación y prudente reserva para el vivir de las hembras, tanto si son de alcurnia o, como yo, de baja estofa?

Pero decirlo todo, alguna vez, entreteniéndonos sobre estas cosas con el señor Vicario y su hermana y maestra mía y de todas las mozas tobosinas que ella desasnó, decía doña Librada: «Por cierto que llama, y mucho, mi atención el poco o ningún caso que de sus propuestas y sentencias se saca que el autor hace de la urgencia de la piedad y devoción en las mujeres, según su estado y para todos

ellos.» A lo que el señor Vicario replicó: «No fíes en la apariencia, Librada hermana. Si cuanto se expone en este libro, al caso de las conductas y rectitud en ellas, son verdades como puños, que salen de la doctrina santa del Christus que aprendimos y defendemos, y propónense, a veces, con las palabras mismas que dicta la Iglesia, nuestra Madre, ¿qué más puédesse apetecer?»

Y es la verdad. Ni cuando se encabrita la afición de mi enamorado y emprende la carrera de los requiebros y las comparaciones, pierde el estribo de la decencia ni el freno de la honestidad o el rendal de su cabalgadura... que lo que va de eso a lo que tantas veces me avergonzó escuchar de los desbocados gañanes, y aun hidalgüelos, del Toboso, en bailes, bodas y romerías, yo bien me lo sé, a costa de rubores, que los encarecimientos del que me llamó Emperatriz de la Mancha no encendieron ni encienden nunca. A cada paso se habla en el libro de mí, quiero decir de Dulcinea del Toboso; pero no menos, y aún más, se ensalzan la honestidad y la limpieza o se condenan la vileza y la liviandad. Y desde Eva, de quien todas venimos, no hay caso de amor—el libro lo dice—que sea más hacedero, y ello deberíamos de tener en cuenta nosotras, que el que la mujer, de uno u otro modo, señala como apetecible.

De todo lo cual, y de muchas más cosas, igualmente graves, se viene en conocimiento o se refresca la memoria en el sartal que, con grande ayuda del señor Vicario y de su sabida y bienintencionada hermana, mi maestra, urdimos, sin más cuidado que separar perlas de diamantes o zarandear este trigo candeal, que no moruno, que es sin aechadura ni desperdicio. Sartal que acompaña a estas palabras de oferencia y de rendimiento. Lo primero a las mujeres todas, cualquiera que sea su habla, porque en todas se ha trasladado y puede leerse la historia del Hidalgo Ingenioso, mi constante servidor, y de la mayor parte de las mismas se propone lo que de mí se diga en el relato; y a todas, salvo las peores sordas, que las hay, y ya sabemos quiénes son, se contrae y refiere.

Y el rendimiento, en réplica de agradecidas y biennacidas, por la subidísima altura a que las mujeres hemos merecido llegar en el ánimo del héroe, que parece, puesto que no nacido, imaginado por

la fantasía sin bordes de una pluma impar, como he oído al Reverendo.

No osaré yo, pobre labradora (aunque menos ruda de lo que un rústico embustero fingió a su provecho de una hora, pensando que todas hemos de ser tan negadas como su mujer, y aun como él mismo de sí confiesa); no osaré yo poner ni intentar secuencias, que no faltarán, pues son legión los que las enjaretan, y acaso, como el Reverendo asegura, harto pretenciosas, a las palabras de quien tanto me honró y nos honró en tal libro, que durará en fama de oro cuanto duren sobre la tierra del Toboso, y de los Tobosos del mapamundi, los hombres y las mujeres, que amadas, defendidas y ensalzadas, siendo buenas, como lo mejor de lo creado, debemos pensar que si Don Quijote, aquel Don Alonso Quijano a quien conoció y respetó tanto Lorenzo Corchuelo, mi llorado padre, fué capaz de tejerse en mi honor, y en pro nuestra, una vida de decentísimo amor y hombría cabal, nuestra primera obligación—¡iba a decir sagrada!—, oh, mujeres, es la de pagarle con brazadas de laurel, haces de mirto, y por ser justo, y... otro poco para que no se nos enfade el devoto escrúpulo de mi amada maestra, una oración a la católica memoria de quien inventó la fantasía: el antenombrado señor Miguel de Cervantes, a quien debemos el ser del no ser mi amador infatigable y yo, de quien nadie había de acordarse si hubiese seguido siendo Aldonza Lorenzo, y no más.

Porque lo singularmente grande, alto y noble de Dulcinea del Toboso, ahora lo conozco, es el no haber existido jamás de los jamares sobre la tierra. Y de nada sirve que en su última hora tuviese Don Quijote gran esmero en no acordarse de mi nombre, como para desprenderse de algún peso que estorbarle pudiera en su remate de camino... En cambio, los cuerdos que le asistían me nombraban, y no una, sino más veces. ¡Todo en vano! En vano mentaronme los unos y en vano el orate que siempre me tuvo en los labios me olvidó para ir a cerrarlos para siempre... Pudo hacerme nacer, un poco a lo divino, de la nada. No estuvo en su mano volverme a ella. Grande cosa. Es más hacedero quitar la vida a un hombre que a una fantasma. ¡Grande cosa!

Acaben aquí mis pobres razones, que podéis ya desdeñar, como arroja de sí el pastor—yo mesma, tantas veces—el brote zarceño, ramoneado en la subida, al llegar al manantial, cuya fresca linfa, tras del bien rechupado tallo agrio, sabe dulce... Habéis llegado junto al manantial...

Y Dios con todas. Y con todos.

